

La historia como pesadilla

(*El Correo*, 12. 07. 2004)

El presidente Ibarretxe ha vuelto a uno de sus latiguillos más queridos: “Los derechos históricos son la auténtica Constitución del pueblo vasco”. Real o más bien ficticia, la historia se vuelve para el nacionalista pieza básica de la pretendida diferencia nacional, de la construcción de nuestra identidad colectiva y, en último término, de nuestro derecho a la soberanía política. Lo que importa es adquirir *autoconciencia* histórica. Es decir, que nos reconozcamos productos de una misma tradición, descendientes de los mismos antecesores, herederos de sus victorias y fracasos, obligados a vengar sus derrotas y exigir sus deudas...

Siempre la historia en nuestra ayuda. Se diría que el recurso al pasado viene a ser como una huida del presente; si se prefiere, un modo de compensar por el recuerdo de borrosas hazañas las penalidades de nuestro colectivo vivir cotidiano. Mientras los creyentes en algún Dios acostumbran a refugiarse en el futuro anhelado, los idólatras de su Nación encuentran su particular paraíso en algún tiempo remoto. Los unos desean actualizar el futuro soñado, los otros el presunto pasado. De un lado, el reino de los cielos y la comunión de los santos ya en este mundo; del otro, la comunidad de los nacionales y la restauración del reino de Túbal o de Sancho III en esta tierra. Puestos a preferir, nos quedaríamos con los primeros por ser hoy menos peligrosos para la ciudadanía. Al fin y al cabo, y pese a las protestas episcopales de rigor, en nuestras sociedades laicas y plurales los cristianos han renunciado a convertir sus creencias en obligaciones civiles. Los nacionalistas, en cambio, dejarían de serlo como renunciaran a imponer su fe política sobre los demás ciudadanos.

Tiempo sagrado y tiempo profano

No son, pues, unos u otros contenidos particulares, estos o aquellos datos históricos amañados por el fervor nacionalista, lo que más importa. Desde el punto de vista moral y político, lo que debe importarnos es la idea misma de historia que cultiva el nacionalismo, por lo mucho que revela acerca de la *lógica mítica* que la subyace. “El mito es una versión del pasado que lo prolonga en el presente, una narración creada por el deseo, no por la realidad, sino por nuestra desesperada necesidad de tranquilidad y consuelo”, escribe Ignatieff.

La obsesión por dotar a un Pueblo de la más venerable antigüedad, la constante referencia a su enraizamiento en la noche de los tiempos, por ejemplo, manifiesta la creencia en el valor inconmensurable de los orígenes. Al igual que para la mentalidad mítica, el tiempo originario es el tiempo sagrado, el momento en que los dioses crearon el mundo o los primeros hombres fundaron los modos de vida e instituciones centrales de cada sociedad. Todo lo que ha seguido después es tiempo profano, es decir, un continuo proceso de degeneración conforme se alejaba de lo primigenio. Por eso, puesto que cualquier tiempo pasado fue mejor, el afán de los hombres habrá de orientarse a salvar el monótono transcurso de nuestros días mediante la inyección de la potencia sagrada que se dio al inicio. Hay que volver así a contar el mito que relata el comienzo de nuestro Pueblo y a representarlo repetidamente en forma de rito.

De modo que, al margen de su valor real, lo viejo vale por ser viejo. Todo lo demás vale en la medida que exprese lo viejo, que se incruste en él, que prometa fidelidad a los gestos ancestrales de la tribu. Es en los hechos irreversibles de las generaciones pasadas y no en las aspiraciones o propósitos de las presentes, donde se halla el depósito de la legitimidad de nuestras instituciones públicas. Lo que comparezca aureolado de primitivo otorga prestigio a la práctica o a la reivindicación que en él se apoyen. Vayamos a la búsqueda (o a la pura invención) de lo más antiguo, ya se trate de toponimia, de atuendos locales, instituciones jurídicas o bailes populares. Siempre habrá una Edad de Oro a la que acudir. Claro que tal vez eso antiguo no sea ya tradicional, porque tradición (de *trado*, entregar) es sólo lo que unas generaciones transmiten para su conservación a las siguientes *y llega hasta nuestros días*. Pero aquí llamamos tradicional a lo remoto ya desaparecido, a fin de disimular esa desaparición y mantener el hechizo de lo propio como un continuo ininterrumpido. A la vez, y a la inversa, no paramos de inventar tradiciones, unos usos que enseguida se erigen en prueba de nuestra antigüedad colectiva y en medio para fortalecer ese hilo que nos conecta con los gloriosos orígenes.

Sea como sea, hay que conmemorar sin descanso lo que *in illo tempore* supuestamente fuimos, aunque hace tiempo que ya no lo seamos. Mejor dicho, precisamente *porque* ya no lo somos y *para* volver cuanto antes a serlo. Eso que alguien por nosotros ha decidido que fuimos, eso es lo que al parecer tenemos que seguir siendo.

La historia de un despojo

Pero los tiempos que corren son profanos, sobre todo, por haber sido profanados. La nuestra es la historia de un pecado permanente contra nuestro Pueblo; y, su narración, el recuento de los atropellos, agravios y despojos que Euskal Herria ha sufrido. Ya sean sus fueros y otros derechos, su territorio, su lengua o sus hábitos más acendrados, nos han arrebatado lo que era nuestro, lo que nos infundía nuestra identidad personal a fuerza de fundirnos en la identidad colectiva. Y no han sido las transformaciones de la sociedad y de sus modos de vida, ni la irrupción del industrialismo o del mercado, las causas impersonales de esa presunta pérdida. El culpable es siempre alguien personal: fueran los Reyes Católicos o, en tiempos próximos, el caudillo Franco o el presidente Aznar.

El pasado mítico era ya la fuente de legitimidad de nuestras reivindicaciones políticas. Ahora hay que añadir, como fundamento de nuestras pretensiones, lo legítimo de nuestra venganza por las afrentas sufridas en un pretérito más reciente. Una venganza disfrazada bajo el honesto manto de la justicia. Así es como los que hemos sido perseguidos tenemos derecho a perseguir, las víctimas del pasado estamos autorizadas para causar otras víctimas en el presente y en el porvenir. No importa que estas nuevas víctimas sean conciudadanos inocentes, porque alguien tiene que pagar por tanta derrota. Tampoco es preciso que nos esforcemos en afinar nuestros argumentos ni en afilar nuestras armas dialécticas. La cosa es sencilla: tenemos derecho a la soberanía por seguir siendo lo que fuimos: un Pueblo.

Sea como gozosa rememoración de los orígenes o como recordatorio resentido por tanta injusticia, el nacionalismo vive en un ejercicio incesante de inventar y repasar la historia de su nación. El nacionalista está condenado a cargar con su historia como con un peso del que no puede desprenderse. El vive la pervivencia del pasado como presente; o sea, el tiempo como simultáneo y no como lineal. Pero entonces la historia, esa herencia de la que no puede renegar porque constituye toda su riqueza, es al mismo tiempo su pesadilla y la nuestra.